

Maria Magdalena:

Liberación desde las tinieblas



Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. Marcos 16.9

Se la menciona por su nombre en cada uno de los cuatro Evangelios, principalmente en relación con los eventos referidos a la crucifixión de Jesús. Tiene el privilegio eterno de haber sido la primera persona a la que Cristo se reveló después de su resurrección.

La tradición de la iglesia, que se remonta a los primeros padres, ha identificado a María Magdalena con la mujer anónima (mencionada solo como «una pecadora») que aparece en [Lucas 7.37-38](#), la que ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. **Pero no hay ninguna razón para hacer esa conexión.** En realidad,

podemos hacerlo si tomamos el texto de la Escritura en sentido literal. Ya que Lucas presenta a María Magdalena por primera vez con su nombre en un contexto absolutamente diferente ([8.1-3](#)), solo tres versículos después que termina su relato acerca del ungimiento de los pies de Jesús, parece muy improbable que María Magdalena pudiera ser la misma mujer, a quien Lucas describe sin nombrar en el texto precedente. Lucas era demasiado cuidadoso como historiador para omitir un detalle tan esencial como ese.

Algunos comentaristas antiguos especulaban que María Magdalena es la mujer descrita en [Juan 8.1-12](#), la que fue sorprendida en el mismo acto del adulterio y salvada del apedreamiento por Jesús, quien la perdonó y la redimió. **Tampoco hay ninguna base para esta asociación.**

Lo que la Escritura realmente dice de ella es lo suficientemente extraordinario sin que sea necesario ningún falso embellecimiento. No permitamos que esta mujer verdaderamente notable se llegue a perder en la niebla de herejías místicas antiguas y fantasías.

Conozcámosla bajo algunos principios, su tiempo de tinieblas, su tiempo de liberación, su tiempo de discipulado, el desastre que vivió y el amanecer.

1. Tiempo de Tinieblas

María Magdalena tenía un pasado oscuro. En realidad, ella fue una mujer a quien Cristo liberó de la esclavitud demoníaca. Lucas la presenta como **«María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios» (Lucas 8.2). Marcos 16.9** también menciona los siete demonios. Este es el único detalle que tenemos acerca del pasado de María Magdalena.

«Magdalena». Ella no provenía de una familia que tuviera ese nombre; era de la villa de Magdala. Se la llamaba «Magdalena» con el fin de distinguirla de las otras mujeres llamadas María en el Nuevo Testamento, incluyendo a María de Betania y a María, la madre de Jesús.

La pequeña aldea pesquera de Magdala (mencionada solo una vez en la Escritura, en **Mateo 15.39**) estaba localizada en la orilla noroeste del Mar de Galilea, (pueblo situado en la orilla norte del lago, donde nació Pedro, y que fue una especie de hogar-base del ministerio de Jesús en Galilea. El ministerio de Jesús incluyó numerosos exorcismos en esa región. Parece haber habido allí un semillero de actividad demoníaca.

Los síntomas de la posesión demoníaca en el Nuevo Testamento son variados. Con mucha frecuencia, la posesión demoníaca implicaba padecimientos físicos, tales como ceguera (**Mateo 12.22**), sordera (**Marcos 9.25**), incapacidad para hablar (**Mateo 9.32-33**), convulsiones y ataques (**Marcos 1.26; Lucas 9.38-40**) y padecimientos generales (**Lucas 13.11-13**).

Las Escrituras hacen una clara distinción entre posesión demoníaca y enfermedad. La posesión demoníaca implica sujeción a un espíritu demoníaco —una criatura caída verdadera y personal— que habita en la persona afligida.. Algunas veces, Jesús obligaba a los demonios a identificarse, quizás para dar una clara prueba de su poder sobre ellos (**Marcos 5.8-14**).

En todos los casos, sin embargo, la posesión demoníaca es presentada como una aflicción, no como un pecado en sí. Indudablemente, la superstición y la idolatría juegan un gran papel importante, en abrir el corazón de las personas a la posesión demoníaca, pero a ninguno de estos individuos endemoniados en el Nuevo Testamento se les asocia explícitamente con conductas inmorales. Siempre se los presenta como personas atormentadas, no como malhechores obstinados. Todos son criaturas miserables, afligidas, solitarias, desanimadas, desesperadas y dignas de compasión. Muchos eran mirados como parias e indeseables por la sociedad. La Escritura las presenta como víctimas con vidas completamente arruinadas.



Podemos estar seguros que tal era el caso de María Magdalena. Satanás la atormentaba con siete demonios. No había nada que algún hombre o mujer pudiera hacer por ella. Era una genuina prisionera de aflicciones demoníacas. Esto indudablemente incluía depresión, ansiedad, infelicidad, soledad, baja autoestima, vergüenza, temor y una serie de otras miserias similares.

Con toda probabilidad, ella sufría además otros tormentos peores, tales como ceguera, sordera, locura y cualquier otro desorden comúnmente asociado con víctimas de posesión demoníaca descritas en el Nuevo Testamento. Cualesquiera hayan sido, tiene que haber estado en perpetua agonía; a lo menos siete tipos de agonías. Los endemoniados en las Escrituras eran siempre personas sin amigos, excepto en raras ocasiones, cuando los cuidaban familiares esforzados. Estaban perpetuamente alterados por su incapacidad para huir de los constantes tormentos de sus diabólicos captores. Vivían sin alegría porque toda su vida era oscuridad y miseria. Y carecían de esperanza porque no había remedio terrenal para sus aflicciones espirituales



Eso es todo lo que se nos puede decir con certeza, respecto del pasado de María Magdalena. La Escritura deliberada y misericordiosamente omite los macabros detalles de su espeluznante posesión demoníaca. Pero se nos da suficiente información para saber que ella debe haber sido una alma lúgubre, malhumorada y torturada. Y es muy posible (especialmente con tantos demonios que la afligían) que su caso haya sido todavía peor. O bien pudo haber sido tan demente que la mayoría de la gente la considerara una lunática

irrecuperable.

2. Tiempo de liberación

Jesús la había liberado de todo eso. Lucas y Marcos parecen mencionar su antigua condición demoníaca, solo con el propósito de celebrar la misericordia y gracia de Cristo para con ella. Sin buscar en detalles de su pasado, ellos registran el hecho de su esclavitud de los demonios de una forma que **magnifica la gracia del poder de Jesús**.

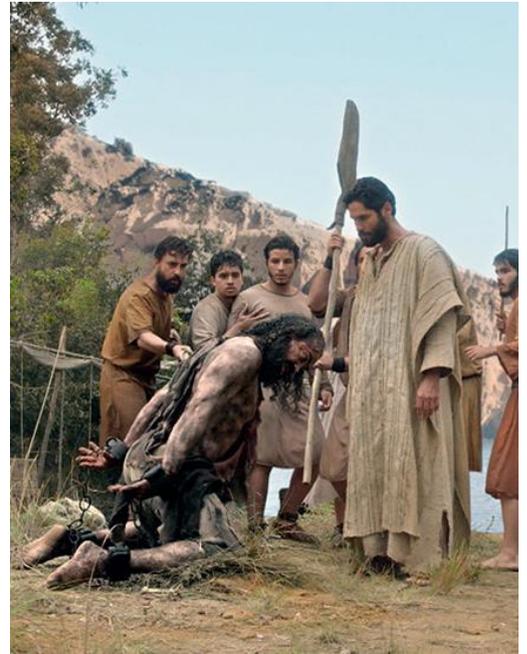
Un hecho desconcertante sobresale respecto de todas las liberaciones demoníacas que están registradas en la Escritura: las personas poseídas por demonios nunca vinieron a Jesús para ser liberadas. Por lo general las llevaban a Él. (**Mateo 8.16; 9.32; 12.22; Marcos 9.20**). Algunas veces Él mismo los llama (**Lucas 13.12**), o iba a ellos (**Mateo 8.28-29**). En ocasiones, cuando los demonios están ya presentes a su llegada, gritan con sorpresa y desfallecimiento (**Marcos 1.23-24; Lucas 8.28**).

Los espíritus satánicos jamás llegaron voluntariamente ante la presencia de Jesús. Ni jamás permitieron que alguien a quien poseían se acercara a Él. A menudo gritaban en su contra. Algunas veces causaban violentas convulsiones, en un último intento por mantener alejadas de Él a las almas que poseían, pero Jesús soberanamente atrajo y liberó a multitudes que eran poseídas por demonios. La liberación que hacía de la esclavitud del demonio era siempre instantánea y completa.

María Magdalena fue una de ellas. Cómo y cuándo fue liberada no se nos dice, pero Jesús la dejó libre, y fue libre de verdad. Habiendo sido liberada de demonios y del pecado, pasó a ser una sierva de la justicia (**Romanos 6.18**). Su vida no fue meramente reformada; fue completamente transformada.

Es intrigante que María Magdalena haya estado poseída por siete demonios. Quizás haya tratado de reformar su propia vida y aprendido de la manera más dura, lo inútil que es tratar de soltarse de las garras de Satanás por sí sola.

Las buenas obras y la religión no pagan las culpas del pecado (**Isaías 64.6, si bien somos como suciedad...**), y ningún pecador tiene dentro de sí el poder para cambiar su propio corazón (**Jeremías 13.23 mudará el etíope su piel?..**). Podemos hacer cambios cosméticos (barriendo la casa y poniéndola en orden), pero eso no nos traslada del dominio de las tinieblas al reino de la luz. Solo Dios puede hacer eso (**2 Pedro 2.9**). Solo el mismo **«Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Corintios 4.6)**. Eso es, precisamente, lo que el Señor hizo por María Magdalena. María le debía todo a Jesús. Ella lo sabía. Su amor por Él reflejó la profundidad abismal de su gratitud.



No hay nada que podemos hacer, ni siquiera el creer, que tenga algún valor para producir nuestra salvación. Si la fe pudiese ser contada de alguna manera como algo que contribuimos, pagamos por o hicimos para ganar nuestro perdón y salvación, entonces la pregunta sería, "¿Cuánta fe o fe de qué calidad es necesaria a cambio de la salvación?"

La fe no es algo que damos o entregamos. La fe es la manera en que recibimos el regalo gratis de la salvación. Dios la produjo mediante Jesucristo y la ofrece completamente sin costo a quienes la reciben o aceptan por fe a contrario de quienes intentan ganarlo por obras.

 **2 Corintios 4:6**

«Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo»

3. Tiempo

de

discipulado

María Magdalena se unió al círculo íntimo de discípulos que viajaban con Jesús en sus viajes largos. Su liberación de demonios podría haber ocurrido más o menos a fines del ministerio de Cristo en Galilea. Lucas es el único de los escritores evangelistas que la menciona antes de la crucifixión. **(Lucas 8.1-3)**.

Estas eran mujeres piadosas, que dedicaban su vida a las cosas espirituales. Evidentemente no tenían responsabilidades familiares que las obligaran a permanecer en casa. Si hubieran faltado a cualquiera de sus deberes, podemos tener la certeza de que Jesús jamás les habría permitido que lo acompañaran. No hay ni el más mínimo signo de impropiedad o indiscreción en la manera como cualquiera de ellas se relacionó con Él.

Es verdad que, por lo general, la mayoría de los rabinos de esa cultura no permitían a mujeres que fueran sus discípulas. Pero Jesús enseñó a los hombres y a las mujeres a tomar su yugo y a aprender de Él. Esta es otra evidencia más acerca de cómo las mujeres son honradas en las Escrituras. Lucas dice que María Magdalena y las otras mujeres, estuvieron entre aquellas que **«le servían de sus bienes» (Lucas 8.3)**. Quizás María había heredado recursos financieros que usó para apoyar a Jesús y a sus discípulos. El hecho de que fuera capaz de viajar con Jesús en el círculo íntimo de sus discípulos puede ser una señal de que no era casada y, por lo tanto, estaba libre de toda obligación con padres o familia cercana. También pudo haber sido viuda. No hay evidencia que fuera una mujer joven. El hecho de que su nombre aparezca encabezando la lista de este grupo de mujeres parece indicar que ocupaba un lugar de respeto entre las demás.



Un aspecto interesante que podemos resaltar de su conducta como sierva de Jesucristo, es que María Magdalena permaneció como una discípula fiel de Jesús aún cuando otros lo abandonaron. En efecto, ella aparece en el Evangelio de Lucas, en una época en que la oposición a Jesús crecía al punto que Él, comenzó a enseñar en parábolas **(Mateo 11.10-11)**. Cuando otros se sentían ofendidos por lo que Él decía, ella permanecía a su lado. Cuando algunos ya no caminaron más con Él,

ella permaneció fiel. Le siguió todo el camino desde Galilea a Jerusalén para la última celebración de la Pascua. Terminó siguiéndole hasta la cruz, y aún más.

4. El desastre que vivió

Mateo, Marcos y Juan registran que María Magdalena estaba presente en la crucifixión. Combinando los tres relatos, está claro que ella estaba junto a María, la madre de Jesús, Salomé (la madre de los apóstoles Jacobo y Juan), y otra María menos conocida (la madre de Jacobo el menor y José).

Hay una interesante progresión en el relato de los Evangelios. Juan, describiendo los acontecimientos cercanos al comienzo de la crucifixión, dice que las mujeres **«estaban junto a la cruz» (Juan 19.25)**. Permanecían lo suficientemente cerca para oírle hablar a Juan y a María cuando Él entregó a su madre al cuidado del discípulo amado **(vv.26-27)**.

Pero Mateo y Marcos, describiendo el final del vía crucis, dicen que las mujeres estaban «mirando de lejos» (**Mateo 27.55; Marcos 15.40**). A medida que la crucifixión transcurría, una masa de bribones, burlándose, se instalaron allí, haciendo retroceder a codazos a las mujeres, también porque la escena era cada vez más y más cruel. Era como si no fueran capaces de seguir mirando, aunque tampoco de irse.

De modo que permanecieron allí hasta que sobrevino la muerte. No podían hacer otra cosa que mirar y orar y sufrir. Ver a aquel que amaban, y en quien confiaban, desgarrado en medio de tanta violencia, tiene que haberles parecido el desastre más grande. Allí estaban paradas, ante una turba fanática sedienta de sangre, que pedía a gritos la muerte de su amado Señor. Con el furor de la gente enloquecida de odio, podían fácilmente haber sido víctimas del populacho. Pero nunca se acobardaron. Nunca dejaron la escena hasta que se produjo la muerte. Y aún entonces, permanecieron junto al cuerpo de Jesús. Tal era el magnetismo de su lealtad y amor por Jesús.

De hecho, fue solo gracias a María Magdalena, que los discípulos supieron donde había sido puesto el cuerpo de Jesús después de su muerte. Marcos dice que José de Arimatea pidió a Pilato el cuerpo de Cristo con el fin de darle una sepultura apropiada. José tenía acceso a Pilato porque era un importante hombre del Sanedrín, el consejo gobernante de los líderes judíos (**Marcos 15.43**). Ellos eran el mismo grupo que había conspirado para traer a Jesús a juicio, condenándole, y habían votado para enviarlo a la muerte esa misma mañana. José, sin embargo, era un discípulo secreto de Jesús (**Juan 19.38**), y **«no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos» (Juan 19.38)**. Los cuatro Evangelios relatan la acción de José para recuperar el cuerpo de Jesús. Marcos agrega que María Magdalena y María la madre de José siguieron en secreto a José hasta la tumba y **«miraban dónde lo ponían» (Marcos 15.47)**.



El apóstol Juan describe cómo José de Arimatea, junto con Nicodemo (quien era un «principal de los judíos», de acuerdo con Juan 3.1, y además probablemente también un miembro del Sanedrín y un discípulo secreto), **«tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos» (Juan 19.40)**. Juan dice que Nicodemo había gastado alrededor de cien libras de **«mirra y aloes» (v.39)**. Estas eran especias aromáticas y resinas que usaban los judíos para embalsamar. Los dos hombres rápidamente ungieron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron firmemente con tela de lino (**v.40**).

El amor de María Magdalena por Cristo era tan fuerte como el de ellos. Tomó nota de dónde y cómo había sido puesto en la tumba. Después de lo que Él había hecho por ella, ver a Jesús sin vida, su cuerpo golpeado y tan precariamente preparado y abandonado en una tumba fría debe haberle roto el corazón. Estaba decidida a lavarlo y a ungirlo apropiadamente. Así **Lucas 23.55-56** dice que ella y la otra María empezaron la preparación de sus propias especias funerarias, antes que comenzara el sábado. **Marcos 16.1** agrega que adquirieron todavía más especias tan pronto como el día de

descanso concluyó (a la puesta del sol del día sábado). Como primera actividad de la mañana, planearon darle un entierro digno de alguien a quien amaban profundamente

5. El amanecer

María Magdalena había permanecido más tiempo que ningún otro discípulo junto a la cruz. Además, también había sido la primera en llegar hasta su tumba al amanecer del primer día de la semana. Su devoción nunca fue más auténtica que frente a su muerte, y esa devoción iba a ser recompensada de una manera inimaginablemente triunfante.

Es evidente que no había ningún pensamiento de resurrección en la mente de ella. Había presenciado de muy cerca los devastadores efectos de los amargos golpes que Jesús había recibido camino de la cruz. Había sido testigo directo de cómo se le iba la vida. Había observado cómo su cuerpo sin vida era envuelto en linos, sin el debido ceremonial, preparado en forma precipitada con ungüentos y dejado solo en la tumba. El único pensamiento que llenaba su corazón era el deseo de hacer apropiadamente lo que había visto hacer a Nicodemo y a José, con tanta prisa y al azar. (Es posible que los haya reconocido como miembros del hostil Sanedrín; de otra manera, probablemente no los habría conocido en absoluto.) Pensó que estaba llegando a la tumba por una expresión final de amor hacia su Maestro, a quién sabía que le debía todo.

El apóstol Juan, en calidad de testigo ocular de algunos de los dramáticos hechos de esa mañana, entrega la mejor descripción: **(Juan 20.1-13)**.

Mateo 28.2 dice que el rodar de la piedra fue acompañado de «un gran terremoto». También sabemos por Mateo y Marcos, que al menos otras dos mujeres («la otra María» y Salomé) vinieron a ayudar. Ellas habían considerado la dificultad de rodar la gran piedra (un macizo bloque en forma de rueda que se apoyaba en un pilón) para sacarla de la entrada de la tumba, pero al momento en que ellas llegaron, la piedra estaba ya quitada.

Tanto **Marcos 16.5** como **Lucas 24.3** dicen que fueron al interior del sepulcro y lo encontraron vacío. La primera inclinación de María fue asumir que alguien había robado el cuerpo de Jesús. Inmediatamente corrió fuera de la tumba y regresó por el mismo camino que había venido, aparentemente planeando pedir ayuda. Antes de llegar muy lejos, no obstante, encontró a Pedro y a Juan, camino al sitio del sepulcro. Casi sin aliento, les contó lo que había encontrado. Juan hace una anotación respecto de que él corrió más que Pedro, pero se detuvo en la boca de la tumba para mirar adentro, y Pedro lo dejó atrás para entrar hasta el sepulcro mismo. Allí encontró la tumba vacía con los lienzos funerarios y el sudario plegado y puesto a un lado. Juan se le unió dentro de la tumba misma. Ver las ropas funerarias todavía intactas pero vacías era suficiente, dice Juan, para que creyera. Él y Pedro dejaron la escena inmediatamente **(Lucas 24.12)**. Fue probablemente en ese punto cuando las mujeres entraron a la tumba otra vez para ver por sí mismas **(Marcos 16.4)**.

Entretanto María Magdalena, sobrepasada por un nuevo dolor al pensar que alguien había robado el cuerpo, permaneció a solas fuera de la tumba. Estaba inclinada mirando cuando dos ángeles se aparecieron adentro de la tumba **(Juan 20.12)**. Mateo, Marcos y Lucas cuentan la historia en forma abreviada, omitiendo algunos detalles deliberadamente. Cada relato nos da diferentes aspectos de la historia, pero son fáciles de armonizar. Por supuesto, todas las mujeres vieron a los ángeles. Solo uno de ellos habló. Les dijo a las mujeres: **«No está aquí, pues ha resucitado» (Mateo 28.6; Marcos**

16.6; Lucas 24.6). Luego las instruyó, diciéndoles: **«Id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos» (Mateo 28.7).** En ese punto, todas menos María, salieron. Según Mateo, **«ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos» (v.8).**

María parece haber permanecido afuera de la tumba, todavía desconsolada por la ausencia del cuerpo. Era evidente que ella no sabía de las ropas en la tumba vacía. Parece claro que no había oído las noticias triunfantes del ángel ni que entendía cuán alborozados estaban Pedro y Juan cuando dejaron la tumba. El ángel vino y le habló directamente a ella: **«Mujer, ¿por qué lloras?» (Juan 20.13)**

En medio de los sollozos de su corazón roto, María respondió, **«Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto» (Juan 20.13).** Y fue justo entonces que se volvió y vio a Jesús. Al principio, a través de sus ojos llenos de lágrimas, no le reconoció (no era la única que no percibió instantáneamente quien era Él después de su resurrección. Más tarde, ese mismo día, según **Lucas 24.13-35**, dos de sus discípulos viajaron un trecho con Él en el camino a Emaús, antes que sus ojos fueran abiertos para darse cuenta de quién era). Su semblante se veía diferente, glorificado. Quizás lucía como Juan lo describe en **Apocalipsis 1.14**, **«Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego».** Jesús habló: **«Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» (Juan 20.15)** María, pensando que era el hortelano, le pidió que le dijera dónde había llevado el cuerpo. Todo lo que Él hizo fue decir su nombre y ella lo reconoció instantáneamente. **«Y a sus ovejas llama por nombre... y las ovejas le siguen, porque conocen su voz» (Juan 10.3-4).** **«¡Raboni!»** La pena de María se convirtió instantáneamente en inefable alegría **(Juan 20.16)** y debe haber tratado de abrazarlo como si nunca más lo fuera a dejar partir.

Sus palabras, **«No me toques» (v.17),** testifican de una manera especial del carácter extraordinario de María Magdalena. Muchos de nosotros somos muy parecidos al apóstol Tomás: vacilantes y pesimistas. Jesús instó a Tomás a que lo tocara para que verificara la identidad de Jesús (v.27). Es notable y triste, pero cierto, que la mayoría de los discípulos de Jesús, especialmente en la era posmoderna, constantemente



necesitan ser persuadidos para estar más cerca de Él. María, por el contrario, no quería dejarlo ir. Jesús de este modo le confiere un único y paralelo honor permitiéndole ser la primera en verlo y oírlo después de su resurrección. Otros habían ya oído y creído las gratas noticias por boca del ángel.

María lo oyó de Jesús mismo. El epitafio bíblico sobre su vida quedó registrado en **Marcos 16.9: «Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena».** Ese fue su legado extraordinario. Nadie podrá nunca compartir ese honor o quitárselo. Pero nosotros podemos, y deberíamos, tratar de imitar su profundo amor por Cristo.

María Magdalena recibió abundante liberación, y con la abundancia de sus bienes no escatimó ni dinero, ni tiempo, ni confort para servir a Su Salvador en cuanto cosa

necesitase. Ella una de las última en ver a Jesús en la Cruz, y es la primera que ve al Cristo resucitado.



Reto para tu vida

¿Cómo te reta la vida de María Magdalena?

1. ¿Escatimas dinero, tiempo, posesiones o cualquier otra cosa al servir a tu Señor?
2. ¿Qué tan dispuesta estás para salir de tu zona de confort o seguridad con tal de que el Reino de Dios avance?
3. ¿Te preocupas por los siervos y ministros del Evangelio y ofrendas para su sustento?